

LA TARDE

AÑO XXII

DE LORCA

N. 5.881

UNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN: MIÉRCOLES 10 SEPTIEMBRE 1933

Aspectos

IMPERANDO EL ABUSO

Prescindiendo de las consideraciones a que se prestan los pasos que viene dando el Gobierno para ir a la prometida normalidad constitucional, hemos de fijarnos en un punto relacionado con esta importantísima cuestión de las garantías constitucionales, para sacar consecuencias de la actitud del Gobierno y de la promesa hecha por éste al país al advenimiento al Poder.

El punto en cuestión es el que se refiere a la censura de la Prensa. En realidad hallarse un país que pertenece a la culta Europa y que por lo tanto se tiene por civilizado, siete años con la Prensa amordazada, dice bien poco de sus gobernantes y gobernados. Al cabo de casi un siglo de régimen constitucional, no hay derecho humano ni divino, no hay razón ni motivo ni causa que justifiquen en modo alguno, tener sometida al humillante régimen del silencio a la Prensa durante siete años! Si no hubiera otros mil motivos para que todo el que sienta un átomo de dignidad en su pecho, maldijera, execrara con todas las fuerzas, con todo el vigor de su alma a los que ignominiosamente, con brutalidad inconcebible cercena-

ron ese derecho sacratísimo inalienable como la vida a emitir libremente las ideas, bastaría con este solo hecho para merecer la execración eterna.

Se ha tenido sometida a la Prensa a ese yugo vergonzoso, aunque no tanto para ella como para los que se lo impusieron, y vino al fin el general Berenguer, prometiendo la normalidad constitucional, por lo tanto, el levantamiento de la censura. Viene la Prensa reclamando la efectividad de esa promesa desde que esta fue hecha, y escasos días hace, el propio Presidente del Consejo, dice a los periodistas que en plazo brevísimo, pronto, muy pronto, la Censura desaparecerá al fin sin sustitutivo alguno.

Y en efecto! En «visperas» de decretar la desaparición de esa ominosa disposición de la anterior dictadura, dan un millón en Torrelavega los republicanos, y el censor suprime casi íntegra la información que nuestro querido colega «El Sol» ha tomado de ese acto...

¡Magnífico contraste entre los dichos y los hechos! Y sin embargo tiene su explicación y la daremos.

JUAN DEL PUEBLO

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTA DE 11 A 2

SAGASTA, 13

CARTAGENA

El mar, la nave y la liebre

El antimonarquismo se reconstituye y crece en España prodigiosamente

Reorganizan los viejos partidos y fundan otros nuevos.

El antimonarquismo español, remozado y agigantado, se yergue en el panorama político llamando a la República.

¿Acudirá la República a sus voces? Creemos que no.

Porque quien la llama está negado de sugestión para atraerla.

¿Por qué?

Porque la República de la postguerra no ve la imagen, ni oye las palabras, ni siente el calor de los fantasmas políticos.

La política no es ya una esencia que enardezca la sensibilidad republicana, sino un hedor que la embotata.

No hay más esencia, con virtud para estremecerle las fibras, que la esencia social.

El antimonarquismo español no conseguirá pasearse por las calles de las ciudades con la República. Ni correrá con ella por los caminos. Ni

tronzará los campos. Ni subirá a lo alto de las montañas.

El antimonarquismo español se verá despreciado por la República.

Se verá despreciado por la República.

¿No?

¿Nos equivocamos?

¿No será desprecio?

¿Será ausencia de fervor ciudadano de la masa?

La facultad de opinar en el hombre, dentro del recinto de su cráneo, es libre, y en los periódicos españoles hasta las lindes que marca el lápiz rojo.

¿Me dejará el censor decirles a los antimonárquicos españoles que la República no les hará caso, porque su ideario es político y no social?

¿Me dejará decirles también que la organización de sus partidos es de una burocracia electoral, en vez de ser el tejido de venas latentes de una mano?

Y, por último, ¿puedo decirles, que en estos excepcionales momentos, sus líderes parecen unos populares candidatos, buscando en la masa electo-

ral el voto, y no unos invisibles zahoríes, que en secreto ahonden en la entraña del pueblo para arrancarle el germen de la República?

¿No hay simiente republicana, o es que no se busca con las doctrinas y los procedimientos naturales?

¿Quién puede negar que en España hay liebres?

A nuestro juicio, hay más embiones republicanos que liebres.

Negar las liebres en España porque no se cacen sería un absurdo. Negar el fermento republicano porque no acuse grandes calorías lo es más.

Y, sin embargo, puede darse el caso de que un hombre salga a un coto y no levante ni vea una liebre.

Todo su triunfo cinegético dependerá de los aperos que lleve.

Si sobre una peña coloca un cepo de alambre en forma de jaula, con un cebo de queso, y se tiende en un carascal, ¿saltarán las liebres? ¿Las cazarán?

Las liebres dormirán, indiferentes, encamadas, pegadas a la tierra, borrando su existencia, su imagen, su vivacidad y su velocidad, semejantes a pesadas mazas de acero enmohecido incrustadas en el campo.

Y puede ser que al cabo de una hora viese entrar en el cepo a un ratón.

¿Podrá exclamar, este cazador absurdo, estrellando el cepo contra la peña, esto?:

—¡Me han engañado! ¡Aquí no hay liebres! ¡Aquí no hay más que ratones!

Para correr y cazar las liebres se necesitan raudos lebreles, caballos de sangre angloárabe y trallas que bramen con formidable escándalo.

¿V para levantar la República?

No me lo dejaría el censor decir.

Pero anhelos de reivindicaciones sociales si hay encamados en este coto español. Ya inquietos, con nerviosidad de ponerse en carrera.

Y están en el corazón, en milenaria explotación, del campesino, en el estómago comprimido del obrero, en los ojos opacos, asesinados por la anemia propia y por el lujo ajeno, de la clase media, y en las frentes vigilantes de los trabajadores honrados del pensamiento.

Véalos el republicanismo español, y no pretenda ponerlos en movimiento con táctica e ideología arbitrarias, pareciéndose al cazador de liebres con ratonera.

No dudamos del valor, el talento, la sinceridad y la preparación de algunos líderes republicanos. Lo que decimos con lealtad, porque a nuestra naturaleza le es imposible sofocar la verdad de sus sentimientos, es que nos parecen que no actúan acordes con la metamorfosis que en las presentes horas experimenta la Humanidad y que por ello sufrirán un doloroso fracaso y una gran responsabilidad histórica.

No les regateamos, a algunos de estos hombres, abnegación y talento —conocemos a más de uno capaz de la heroicidad— para formar parte de la proa y el timón de la nave.

En eso está la responsabilidad, que habiendo nave y mar, por creer al-

EL PALACIO DE LAS MEDIAS

Comunica a su numerosa y distinguida clientela, la próxima apertura del nuevo y espacioso local adquirido en la misma calle de Fernando el Santo que perteneció al conocido comerciante señor Romera.

gunos de los elementos de la nave que no hay mar, se agrupen haciéndose carro, y se echen a rodar por un camino de tierra cubierto de negra y espesa niebla para escalar la meta.

En forma de carro y por un camino tenebroso no se llegará nunca.

¡Hay mal!

Y el mar está esperando la nave.

Y allá, en donde se funde el azul del agua y el azul del aire, una liebre encamada, parecida al lomo de un sol naciente, se le está viendo palpar.

Echémonos fuera del camino. Salgamos de la niebla.

Ese paisaje es viejo e intransitable, y precisamente el mismo paisaje que no queremos ver.

Botemos la nave.

Un hidroavión.

Y no esperemos a que nos voten.

Leemos la vela.

Una vela moderna de ala de aeroplano.

Y hay un viento de moda que nos pondrá en rumbo hacia la liebre marina.

Y con estos elementos levantaremos la liebre, como buenos cazadores con aperos útiles.

Si no...

Os veréis obligados a desarmar el carro, exclamando:

—¡Nos hemos equivocado! ¡Aquí no hay republicanos! ¡Aquí no hay más que monárquicos!

Y después, a las puertas del Congreso a llorar la responsabilidad histórica, recostados en sus leones de hierro, resucitando el espectro de aquel desmoralizado pueblo bíblico que iba a gemir sus culpas contra el Muro de Jericó.

JOAQUIN ARDERIUS

Una película de la Revolución francesa en el Teatro Guerra

ACONTECIMIENTO ARTISTICO

He aquí el magnífico argumento de la grandiosa superjoya en 12 partes, basada en un hecho histórico de la Revolución francesa, titulada «Las dos huérfanas», de la que son protagonistas las bellísimas estrellas hermanas Lillian y Dorothy Gish.

Esta colosal obra de la cinematografía está dirigida por el fantoso

Mr. Griffith, de los Artistas Asociados. Toman parte en ella doce mil personas.

Mañana se proyectará la primera jornada, seis largas partes.

Hacia fin del siglo XVII, cautiva a los habitantes de una pintoresca aldea de Normandía la belleza de las hermanas Enriqueta y Luisa Girard, huérfanas desde niñas. Luisa, la menor, era ciega, y por consejo de unos viajeros llegados de París, deciden ir allí para que la vea un famoso especialista, no sin que antes, Enriqueta jure a su hermanita no casarse hasta que esta recobre la vista.

La casualidad dispone que la diligencia que conduce a las huérfanas, detenida por un accidente, quede obstruyendo el paso a la carroza en que viaja el Marqués de Praille, hombre habituado a hacer ley de su capricho. Cuando colérico, maltrata al conductor de la diligencia, ante los viajeros medrosos, se encuentra con el rostro de de Enriqueta, cuya belleza le subyuga y quiere poseer; pero la joven le rechaza con firmeza.

Reanudada la marcha, los viajeros se enteran de las desdichas de las huérfanas, mientras el humillado Marqués ordena a un criado que se apodere de Enriqueta y la lleve a su palacio, donde piensa exhibirla en una fiesta suntuosa como preciado botín de sus andanzas amorosas.

En París, sobornado por el aristócrata, no ha salido a recibir a las hermanas su pariente, y las huérfanas no saben donde dirigirse, y los asalariados de Praille raptan a Enriqueta, separándola de su hermana, a quien dejan desamparada.

En este estado, encuentra a la ciega Luisa el inválido Pedro Frochard, otro girón humano, que la lleva a su casa, un tugurio miserable. Entre ambos desdichados nace un leal y sincero afecto.

Arden en fiestas los jardines del Marqués. Vuelve en sí de su desmayo Enriqueta, e intenta otra vez el libertino asaltar los pudores de la joven. Ella corre aterrada y grita: «¿es que no hay entre vosotros un solo hombre de honor?» El caballero Vaudrey defiende a la bella con su espada. Desafío. El Marqués cae herido y Vaudrey huye con Enriqueta y la profeta, y, entonces, ella, más tran-